

## **Necrología de Jesús M. Sánchez Martín**

### **Mariano Fernández Enguita: Elogio de Jesús<sup>105</sup>**

**N**os trae y nos une hoy aquí un triste acontecimiento, la muerte de Jesús, que ya no podemos evitar, pero queremos que vaya acompañado en nuestra memoria, y sobre todo en la de quienes le fueron más próximos y sufren más su pérdida, por la expresión de nuestro afecto hacia él y de nuestro dolor compartido. Estamos siempre mal preparados para la muerte, peor para la de aquéllos a quienes queremos y mucho peor si nos dejan antes de lo previsto, si los vimos nacer o crecer de algún modo, si deseábamos envejecer con ellos o esperábamos partir antes que ellos con el consuelo de quedar en su recuerdo.

Conocí a Jesús hace ya un cuarto de siglo, y guardo la imagen un jovencísimo estudiante de Pedagogía de la Universidad Complutense que, particularmente fascinado por el descubrimiento de la Sociología de la Educación y de la Cultura, ya había llamado la atención de Carlos Lerena Alesón, el primer catedrático de la especialidad, y empezaba a colaborar con él. Precisamente para un libro de Carlos en una colección que yo dirigía, para *Educación y Sociología en España*, publicado en 1987, preparó Jesús una exhaustiva bibliografía que, anunciando ya el nivel de autoexigencia y de humildad que le caracterizarían durante toda su vida, bautizó como simple “Aproximación bibliográfica”. Carlos, maestro, compañero y amigo, murió en 1988, también joven, de noche, en la carretera y en vísperas de un viaje a Salamanca, y fue personalmente Jesús quien me dio noticia. Hoy, casi veinte años después, vengo a despedir a alguien con quien mantuve precisamente una relación simétricamente inversa, aunque mucho más intensa: vengo a despedir, ante todo, al amigo del alma y —espero que no suene pedante— al viejo discípulo y al joven compañero más querido.

Tras la muerte de Lerena Jesús había quedado, digámoslo así, en una especie de orfandad académica, pero yo veía en él una vocación incondicional y no dudé que debía buscar un lugar para él en la Universidad. Así empezó nuestra colaboración más estrecha: primero con la fundación de la *Conferencia de Sociología de la Educación* y la edición de la revista *Educación y Sociedad*, después con su incorporación a Salamanca y más tarde con diversas empresas compartidas, entre las cuales la publicación de los *Textos fundamentales de Sociología de la Educación*, su participación en varios proyectos de investigación o la iniciativa del *Open Fórum*. Si en el ámbito de la Sociología de la Educación pude considerarlo mi colaborador, en el de la Sociología de la Cultura, y más concretamente de la música, el que más significó para él profesional y personalmente en los últimos años, Jesús echó a volar por sí solo, haciéndose cargo de una docencia que pocos habrían

---

<sup>105</sup> Texto leído en el acto académico en memoria del profesor Jesús M. Sánchez, realizado en la Universidad de Salamanca el 13 de diciembre de 2007.

sido capaces asumir y siendo pionero en proyectos como *Opera Oberta*, que situó a la Universidad de Salamanca a la vanguardia de la difusión de la cultura operística, *Opera Web*, cuyo primer galardón ganó esta institución con su impulso, *Canal Clásico* o *Musiquerías*, que elevaron las emisiones de Radio Universidad a un nuevo nivel. La música fue para él mucho más que un motivo de placer o una materia de estudio; fue, creo, una forma de comunicación, de comunización y de comunión con los demás; fue la manera que encontró de hacernos mejores y más felices sin apenas hacerse notar; fue el terreno donde mejor desplegó su capacidad creativa y de trabajo, a la vez que su entrega, como lo atestiguan desde los miles de espectadores que gracias a su empeño pudieron ver en directo las representaciones del *Liceu* de Barcelona en esta ciudad o las decenas de estudiantes y melómanos que asistieron a los ensayos del Teatro Real en Madrid, hasta los artistas singulares como Fan, Nelson o Mijail a los que, mano a mano con Graça, tanto ayudó en su vida y en su carrera profesional.

Dado que en España es tradición crucificar a los vivos y santificar a los muertos, lo que pone cualquier elogio funerario bajo sospecha, permítaseme señalar sólo dos cosas: por lo que a mí respecta, baste mencionar que mi mujer y yo nombramos por testamento a Graça y a Jesús *tutores y curadores* de nuestro único hijo, o que en mi casa ha sido querido y llorado por tres generaciones; en cuanto a los demás, he de decir que jamás he hablado, ni antes ni después de su muerte, con una sola persona que tuviera la ocasión de trabajar con Jesús, o simplemente de tratarlo de manera ocasional, que no haya evocado su gran humanidad, su amplia cultura, sus exquisitos modales o su meticulosa manera de trabajar, y que nunca oí una expresión negativa sobre él, lo que no es poco en este gremio.

Hoy nos acompaña su familia: sabe, Graça; sepa especialmente Sofía así pueda comprenderlo; sabed, María y Julián, Maribel, Raquel y Raúl, y todos quienes le quisisteis, que en esta casa también se le quiso, y que se le quiso mucho, personal y profesionalmente, porque así lo mereció. En un tiempo y un medio especialmente inclinados al egoísmo y a la autocomplacencia, Jesús fue tan generoso con los demás como implacable consigo mismo; generoso hasta la renuncia e implacable hasta la autonegación. Ese altruismo es precisamente la forma más noble de la moral secular, y fue su elevada estatura moral, además de intelectual, lo que le hizo tan querido para todos nosotros. Hombres como él nos recuerdan, sin proponérselo, que podemos y debemos ser mejores.

Si acaso cabe hacerle un reproche no será otro que éste: quizá nunca comprendiera lo mucho que significó para nosotros. Pero ya no hay vuelta atrás. Dejen que hable ya sólo por mí mismo: sé que merecía más, que lo que hice por él no fue suficiente, que si en algo me equivoqué ya no lo podré reparar y que, lo que no hice, ya no lo podré hacer. Queda el consuelo de haberle querido, de habérselo hecho saber o sentir alguna vez, de haber tenido su confianza. Y el recuerdo agrídulce de haber conocido a un hombre bueno y sabio que merecía una vida más larga. De un modo o de otro, nuestra vida fue mejor: más noble, más sabia y más bella, gracias a él. No vivió en vano.